

prodiga el regalo inefable de la ceguera, que celebra y desordena todos los números del milagro, que gime, que canta, que llora de gozo. Los labios como las orillas iniciales de los ríos. Las palabras nunca dichas. El respirable nido de los besos. El tumulto de la fiebre. La dulce y e irresistible poesía. La poesía como una carnal concupiscencia del espíritu. El reclamo del más aún y del todavía no. Los versos todos tienen un aquel de atracción erótica irresistible.

Pergueñar un número de páginas deseosas y deseantes, de homenaje y despropósito, a un poeta; reunirse unos cuantos cálidos amigos alrededor de un vaso de amistad y de gloria para sentir todos el palpito de la vecindad y de la demasía que otorga la hermosura de la palabra es también un acto de gozosa lujuria espiritual. Constatar la nostalgia infinita de la especie. La desnudez inefable del arrimo del corazón. El tantear ciego de las manos videntes. Para rozar el trasluz de los milagros. Para atisbar la perennidad.

La poesía Como esa precaria dulzura. En el principio, Joaquín, fue la soledad. Esa honda e irredimible aún, gloriosa, espléndida y encantada soledad que no dolía. La soledad pregenesíaca y exquisita del varón emparentado con la tierra fresca. Con la arcilla virgen. Cuando el nombre recientemente pronunciado era un vocablo transparente, pero después que el otro fue creado quedó para siempre un hueco en el cuerpo de los hombres todos esa antigua y profunda añoranza. La llamada del sexo y acaso -¿por qué no?- de la poesía como quien experimenta la carencia de una armonía perfectísima. De una exactitud cordial. De un amable ritmo que ni siquiera fue percibido. Que delata ahora la terqueza de lo bello.

Alguien ha dicho que vituperar el cuerpo es ir preparando los escarnios del alma. Volvamos, Joaquín Brotóns, volvamos, fidelísimo amigo, otra vez, ahora que se han puesto de acuerdo los poetas en redescubrir la esperanza, a nombrar, en versos que estallan y resplandecen, cuanto brilla, exalta, vibra y pide clemencia o exige veneración y arrebató. Volvamos, de la mano de los buscadores de inocencia, niños extraviados del paraíso, jóvenes dioses desnudos, a procurar comprender el misterio abarcador de un abrazo, de una caricia y de un beso. De una palabra. Ah, las palabras.

Está muy carecido el mundo de resplandor. Andan muy mendigos los hombres, en esta hora, de estética y de ética. Ah, la refulgente ética que la belleza soporta y pordioseosa. Va y viene el universo muy suplicante de amor. Hay llagas metafísicas incurables que se evidencian en el gesto escalofriante de un ser que anhela el contacto con la divinidad cuando su cuerpo arde en rozando otro cuerpo. El sexo como un cántaro de estrellas. La poesía como una hambredad del del espíritu. Las palabras como un peso de gravedad.

Este "Cardo de Bronce", Joaquín Brotóns es, no es, sino la enumeración de la sed. Tanta sed. Ah, tú el sediento. Ah, los dulces aguadores de la palabra que es también corporal. Además de azul. Por el camino de la vehemencia y el grito llegan hoy a esta bodega interior del alma en la que los ojos, las manos, los pies y los labios se sofocan de cansancio y de búsqueda, oh tú, Joaquín, que te pasas las horas y los años sujetándote el hueco del costado. Doliéndote la perforación del sueño. La necesidad, ay, de qué costilla o el recuerdo infinito del paraíso. ¿No es eso, dinos, toda la bendita y torturante plegaria hedonista y luminosa de tu poesía, de tu existencia, que tú, manchego del disimulo y de la ironía valdepeñera y ebria, tratas de ir solemnemente levantando verso a verso, y hasta, si nos lo permites decir, lágrima a lágrima, entre veras y bromas?